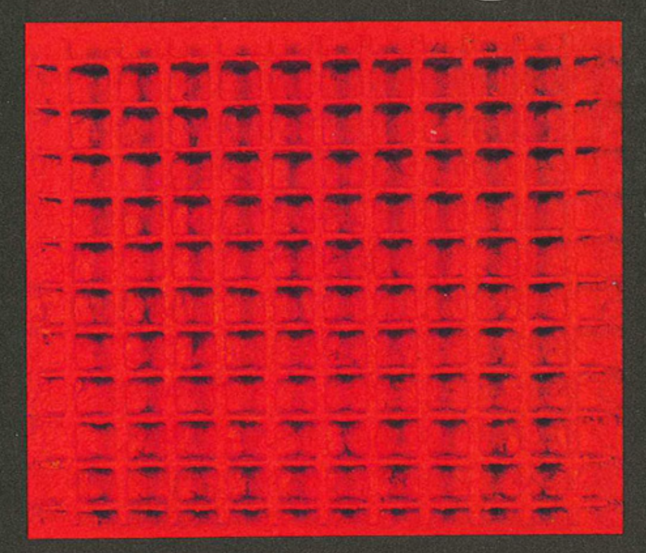
Hans Magnus Enzensberger



Perspectivas de guerra civil

ANAGRAMA
Colección Argumentos

PERSPECTIVAS DE GUERRA CIVIL

HANS MAGNUS ENZENSBERGER



Título de la edición
Aussichten auf den Bürgerkrieg

Edición en formato digital: junio de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4507-5

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Solo los bárbaros pueden defenderse.

NIETZSCHE

I. ABOMINABLE EXCEPCIÓN, ABOMINABLE REGLA

Los animales luchan entre sí, pero no hacen la guerra. El ser humano es el único primate que se dedica a matar a sus congéneres de forma sistemática, a gran escala y con entusiasmo. Una de sus principales invenciones es la guerra; la capacidad de concluir la paz probablemente sea una conquista posterior. Las más remotas tradiciones de la humanidad, sus mitos y leyendas de héroes, suelen girar en torno a homicidios y asesinatos. Pero la simplicidad del armamento no fue el único motivo que condujo a combatir cuerpo a cuerpo; también desde el punto de vista psíquico resulta más satisfactorio descargar el odio contra un individuo conocido, es decir contra el vecino más próximo. Todo ello permite concluir que la guerra civil no solo es una costumbre ancestral, sino la forma primaria de todo conflicto colectivo. Su descripción clásica, la *Historia de la guerra del Peleponeso*, se remonta a unos dos mil quinientos años y todavía no ha podido ser superada.

Por el contrario, la guerra «fomentada» por un Estado y dirigida contra otro Estado -el enemigo exterior- constituye un fenómeno relativamente tardío. Presupone la existencia de una casta guerrera profesionalizada, la creación de ejércitos permanentes, así como la distinción entre militares y civiles; por otra parte, conduce a la institución de complicados rituales, que abarcan desde la declaración de guerra hasta la capitulación. Durante el siglo XIX se llegó a racionalizar hasta cierto punto las masacres: aunque por un lado proliferaron como nunca debido a la implantación del servicio militar obligatorio y a los progresos técnicos, por otro los Estados intentaron someter las guerras a regulaciones de derecho internacional, que en 1907 quedaron finalmente fijadas documentalmente en la Regulación de la guerra en tierra de La Haya. En dicho contexto la guerra civil aparecía como excepción a la regla, como manifestación irregular de un conflicto. El manual clásico de Clausewitz sobre el arte de la guerra, por ejemplo, no le llega a dedicar ni una sola línea, y hasta el presente todavía no contamos con ninguna teoría seria sobre el tema.

El nuevo orden mundial marcado hoy por la guerra civil no solo

desbarata las definiciones formales de los juristas; el caos bélico también hace fracasar los esquemas de todos los estados mayores. Por añadidura, tal situación sin precedentes deja entrever unas conexiones explosivas con el atavismo, lo cual obliga a replantear viejos interrogantes antropológicos. ¿Qué resulta más chocante: matar a individuos conocidos o aniquilar a un enemigo del cual no se tiene ninguna idea, posiblemente ni siquiera una equivocada? Para las dotaciones de los bombarderos de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, el enemigo era una pura abstracción. Y quienes hoy en día todavía aguardan en las rampas de misiles la orden de intervenir, ignoran desde su aislamiento hermético las consecuencias que comportaría pulsar el fatídico botón. A la vista de una situación tan perversa, la más absurda de las guerras civiles podría parecernos casi normal. Así, el hecho de que el hombre destruya aquello que odia -y esto suele ser el enemigo dentro de su propio territorio- quizá no sea la excepción, sino la regla. Se constata una inexplicable relación entre el odio al más próximo, al convecino, y la xenofobia u odio al forastero. Probablemente, en un principio el odiado «otro» siempre sea el vecino; solo después de constituida una comunidad dotada de una identidad propia se llega a declarar enemigo al forastero allende la frontera.

II. VIEJAS CUENTAS PENDIENTES, POPULACHO NUEVO

Terminada la Guerra Fría, ha desaparecido el angustioso equilibrio de la «paz atómica», con lo que también les ha llegado la hora a los idílicos remansos de paz de Occidente, hasta entonces amparados militarmente. Hasta 1989 permanecían irreconciliablemente enfrentadas dos superpotencias nucleares, cuya línea de sutura era la Alemania dividida. Los temores derivados de tan frágil situación ya han caído en el olvido para ser sustituidos por otros. El signo más visible de que dicho orden bipolar del mundo ha quedado finiquitado lo constituyen esta treintena o cuarentena de guerras civiles que hoy azotan al mundo. Ni siquiera resulta posible determinar su número exacto, puesto que el caos no es computable. Y todo parece indicar que en el futuro no disminuirán, sino que irán en aumento.

Nadie estaba preparado para una transformación tan radical. Nadie es capaz de poner remedio. Puede que en política nos encontremos ante una especie de estado de agregación. Para entenderlo, se impone echar una ojeada retrospectiva sobre las guerras civiles del pasado. Probablemente, Alemania nunca se haya recuperado plenamente de la más pertinaz y violenta que la asoló, y que supuso la aniquilación de dos tercios de su población. Y eso que la Guerra de los Treinta Años había sido desencadenada y desarrollada por poderes estatales. Claro que lo mismo cabe decir de la mayor parte de las principales guerras civiles de los tiempos modernos: el alzamiento de confederados contra unionistas en los Estados Unidos, de blancos contra rojos en Rusia, de falangistas contra republicanos en España. En todos estos casos hubo ejércitos y fronteras; desde los respectivos cuarteles generales, las instancias del mando central procuraban controlar rígidamente a las tropas y llevar a la práctica sus planes estratégicos. Junto a la dirección militar solía existir una dirección política, guiada por unos objetivos claramente definidos y que actuaba como interlocutor en las negociaciones.

Ahora bien: mientras la guerra clásica entre Estados suele tender a la monopolización del poder y a la excesiva consolidación del aparato estatal, la guerra civil siempre comporta el peligro de un relajamiento

de la disciplina y de la desmembración de las milicias en bandas armadas que luego operan por su cuenta.

En tales situaciones surgen «señores de la guerra» que actúan de forma aislada y autónoma, impidiendo que el estado mayor pueda ejercer el control militar y el gobierno el control político sobre las bandas armadas. Sin embargo, el curso de las guerras intestinas en Estados Unidos, México, Rusia y China demostró que ambos bandos en conflicto conservaron la capacidad de negociar, vencer o capitular. En todo caso, dichas contiendas desembocaron en la consolidación de un nuevo régimen, de un poder estatal centralizado, que acabó por controlar el territorio objeto de disputa.

En tiempos del imperialismo no hubo ningún conflicto interno que no adquiriera de inmediato dimensiones internacionales. La llamada *realpolitik* procuraba que toda guerra civil fuera atizada e instrumentalizada por potencias extranjeras. Los bandos contendientes tan solo eran piezas de un juego más amplio por medio del cual las grandes potencias buscaban ampliar sus respectivos ámbitos de influencia y sus imperios coloniales. Basta recordar las repetidas intervenciones europeas y norteamericanas en China, las injerencias que siguieron a la revolución bolchevique, o bien la guerra civil española, considerada con razón un ensayo general de cara a la Segunda Guerra Mundial.

Todavía durante los años setenta las superpotencias se aferraron a dicha lógica. Ya fuera en África, en Asia o en Latinoamérica, desencadenaron una larga serie de guerras vicarias y estuvieron presentes en todo conflicto interno que pudiera reportarles ventajas. Llevaron la escalada hasta extremos que en ocasiones auguraban el estallido de la Tercera Guerra Mundial.

Esta forma de política exterior solo ha dejado de existir con el término de la Guerra Fría y el desmoronamiento de la Unión Soviética. No solo Moscú y Pekín, también Washington sabe que la ayuda fraternal depara más gastos que beneficios. Durante las últimas décadas solo salieron favorecidas económicamente aquellas naciones que no habían participado en dicho juego. La anacrónica *realpolitik* se encuentra hoy ante las ruinas de un pensamiento imperial que pertenece al siglo XIX y que ya no permite conquistar más parcelas en el mercado mundial.

La guerra, antaño el método más simple de enriquecimiento, se ha convertido en un negocio deficitario. El capitalismo ha tomado buena nota de que las masacres organizadas por el Estado no reportan suficientes beneficios. Como es de suponer, este cambio de actitud por parte del capitalismo no se debe a una repentina conversión moral, sino al frío razonamiento de que los gobiernos de los países industrializados están mostrando cada vez mayor entusiasmo por la

política de paz. Y el capital como fuente de paz resulta una imagen desacostumbrada. Claro que muchos todavía siguen prometiéndose enormes tasas de crecimiento gracias a las guerras, a pesar de que las exportaciones de armamento ya solo suponen el 0,006 por ciento del comercio mundial. En este sentido, el tráfico de armas ha pasado a ser una fuente de ingresos secundaria, que en caso necesario puede ser sometida a ciertas limitaciones. A la larga, los países inmersos en guerras civiles no reportan beneficios; se les castiga retirando todas las inversiones. La manifestación política de esta reconversión tardía la encontramos en las misiones de paz de Naciones Unidas.

Las guerras civiles de nuestros días estallan de forma espontánea, desde dentro. Ya no precisan de potencias extranjeras para alcanzar la escalada del conflicto. Mientras hasta hace poco todavía adoptaban la máscara de la lucha de liberación o del levantamiento revolucionario, desde el fin de la Guerra Fría muestran su verdadero rostro.

Un buen ejemplo nos lo ofreció la guerra civil de Afganistán. Mientras el país estuvo ocupado por tropas soviéticas, cabía interpretar la confrontación según el esquema del mundo bipolarizado. El conflicto estuvo instrumentalizado por ambos bandos: Moscú apoyaba a sus lugartenientes, Occidente a los mujaidines anticomunistas. Todo parecía indicar que se trataba de una guerra de liberación nacional, de una lucha de resistencia contra los extranjeros, los opresores, los infieles. Pero, apenas expulsadas las fuerzas de ocupación, estalló la verdadera guerra civil. Ya no quedaba ni rastro del envoltorio ideológico: la intervención extranjera, la integridad de la nación, la fe verdadera resultaron haber sido simples pretextos. Fue el comienzo de la guerra de todos contra todos.

Por doquier podemos contemplar fenómenos parecidos: en África, en la India, en el Sureste asiático, en Latinoamérica. Ya no queda el menor vestigio de la aureola heroica de los guerrilleros, partisanos y rebeldes. Antaño pertrechadas con un bagaje ideológico y respaldadas por aliados extranjeros, hoy la guerrilla y la antiguerrilla han acabado independizándose. Lo que queda es el populacho armado. Todos estos autoproclamados ejércitos, movimientos y frentes populares de liberación han degenerado en bandas merodeadoras que apenas se diferencian de sus contrincantes. Ni siquiera el variopinto bosque de siglas con el cual se adornan -FNLA o ANLF, MPLA o MNLF- consigue ocultar que no poseen objetivo, proyecto ni ideal alguno que los mantenga cohesionados; tan solo una estrategia que apenas merece este nombre, pues se reduce al asesinato y al saqueo.

III. GUERRA CIVIL MOLECULAR, PÉRDIDA DE CONVICCIÓN

Contemplamos el mapamundi. Localizamos las guerras en regiones distantes, preferiblemente en el Tercer Mundo. Hablamos de subdesarrollo, crecimiento a dos velocidades, fundamentalismo. Creemos que los para nosotros inexplicables combates se desarrollan en las antípodas. He aquí el error, el autoengaño. Porque, de hecho, la guerra civil ya está presente en las metrópolis. Sus metástasis forman parte de la vida cotidiana de las grandes urbes, pero no solo en Lima o Johannesburgo, en Bombay o Río, sino también en París y Berlín, en Detroit y Birmingham, en Milán y Hamburgo. Y sus dirigentes no son únicamente terroristas y servicios secretos, mafiosos y *skinheads*, traficantes de drogas y escuadrones de la muerte, neonazis y *sheriffs* negros, sino también ciudadanos normales y corrientes que de la noche a la mañana se convierten en *hooligans*, incendiarios, locos homicidas y asesinos en serie. Al igual que en las guerras africanas, estos mutantes son cada vez más jóvenes. Nos estamos engañando a nosotros mismos cuando creemos que está imperando la paz, solo porque todavía podemos salir a comprar el pan sin que nos acribille un tirador emboscado.

La guerra civil no procede de fuera, no es un virus importado; se trata de un proceso endógeno. Siempre lo inicia una minoría; probablemente baste con que solo uno de cada cien lo quiera, para que resulte imposible cualquier convivencia civilizada. En los países industrializados todavía existe una gran mayoría de personas que prefieren la paz. Hasta el momento, nuestras guerras civiles no se han adueñado de las masas; siguen siendo moleculares. Pero, tal como demuestra el ejemplo de Los Ángeles, en cualquier momento se puede producir la escalada que extienda la deflagración.

Ahora bien, ¿podemos establecer una comparación? ¿Podemos comparar al *chetnik* con el vendedor de coches usados de Texas que desde lo alto de una torre dispara con un arma automática contra la multitud? ¿Al cabecilla de Liberia con el *skin* que rompe una botella de cerveza contra la cabeza de un anciano indefenso? ¿A los autónomos berlineses con los guerrilleros de la selva camboyana? ¿A

la mafia chechena con Sendero Luminoso? ¿Y todo lo anterior con la normalidad de una ciudad de provincias alemana, sueca o francesa? ¿Acaso todo cuanto se dice acerca de la guerra civil son simples generalizaciones o mera atemorización?

Me temo que, más allá de todas las diferencias, existe un denominador común. Lo que sorprende tanto en uno como en otro caso es, por un lado, el carácter autista de los criminales y, por otro, su incapacidad para distinguir entre destrucción y autodestrucción. En las actuales guerras civiles ha desaparecido todo vestigio de legitimación. La violencia se ha desligado totalmente de las justificaciones ideológicas.

A diferencia de los criminales de nuestros días, los de tiempos pasados eran personas creyentes. Querían dejar bien sentado que mataban y morían en nombre de algún ideal. Acataban «férreamente», «fanáticamente», «inquebrantablemente», etcétera, lo que antes se venía en llamar ideología, por muy abominable que esta fuese. Los partidarios de Hitler y Stalin acataban extasiados los evangelios de sus caudillos, y ningún crimen les parecía bastante abominable cuando se trataba de defender la causa.

Los guerrilleros y terroristas de los años sesenta y setenta todavía creían necesario justificar sus acciones. Por medio de octavillas y proclamas, de catecismos pedantes y confesiones formuladas con aire burocrático, buscaban justificar ideológicamente sus tropelías. A los criminales de nuestros días todo ello les parece superfluo; se caracterizan por la total falta de convicción.

A los involucrados en las guerras civiles de Latinoamérica no les importa lo más mínimo asesinar a los campesinos a los que presuntamente pretenden liberar; aliarse con los *capos* de la droga y con los servicios secretos no les representa ningún problema, lo encuentran de lo más natural. El terrorista irlandés suele utilizar ancianos a modo de bombas vivientes y se dedica a hacer volar por los aires cochecitos de niños. Mujeres y niños son las víctimas preferidas por los criminales de nuestros días. El *chetnik* no es el único que se muestra orgulloso de masacrar a los pacientes de un hospital: por doquier se busca eliminar a los indefensos. Todo aquel que no empuña una metralleta es considerado una sabandija.

Los criminales son, casi sin excepción, jóvenes. Con su comportamiento ponen de manifiesto hasta qué punto ha quedado desprestigiada la institución del patriarcado. Entre las ancestrales tradiciones de este se encontraban las fraternidades de adolescentes, que por medio de ritos iniciáticos buscaban canalizar en los jóvenes la acumulación de energía provocada por la testosterona, las ansias de acción y de sangre. Al macho en ciernes se le exigían pruebas de valor y combates simbólicos, siempre regulados por un estricto código de

honor. La regla básica exigía que el retador -ya fuera samurái o héroe del *Far West*, criminal o rebelde- midiera sus fuerzas con un contrincante lo más fuerte y aguerrido posible, pero por lo menos en igualdad de condiciones. Los vándalos de nuestros días desconocen tales conceptos. Han dado lugar a una nueva forma de machismo. Cabría decir que su honor reside en la cobardía, aunque ello sería sobrestimarlos, pues ni siquiera son capaces de ver la diferencia entre valentía y cobardía. Un signo más de autismo y pérdida de convicción.

Defectos tan peculiares se manifiestan con mayor claridad en aquellos casos en que todavía encontramos algún vestigio de justificación. Esto ocurre por ejemplo en aquellas guerras civiles que se dirimen en nombre de pretendidos conflictos de nacionalidades. Pero en tales casos se trata de simples jirones del atrezo de la historia, lo cual ya salta a la vista en el decorado de opereta que eligen los nuevos dirigentes. Los propagandistas se nutren de consignas de segunda y tercera mano. La basura ideológica, como la que produce por ejemplo la Academia serbia, pretende simular convicciones, aunque una somera ojeada a la realidad nos muestra que las bandas no precisan de tales pretextos.

Quizá sea necesario recordar que todas las luchas que a lo largo del siglo XIX condujeron a la formación de los modernos Estados nacionales no eran simples reyertas irracionales. Quienes solo piensan en el repugnante patetismo chovinista que las arropaba, pasan por alto los logros constructivos del nacionalismo europeo de viejo cuño, que al fin y al cabo alumbró constituciones, liberó a los siervos, emancipó a los judíos, instauró el Estado de derecho e implantó el sufragio universal. Tales innovaciones no interesan en absoluto a las actuales bandas combatientes. A los nacionalistas de nuestros días solo les mueve la fuerza destructiva que emana de las diferencias étnicas. El tan invocado derecho a la autodeterminación se reduce al derecho a determinar quiénes deben sobrevivir en determinado territorio y quiénes no. Solo les guía el deseo de destruir todo tipo de «vida inservible». A los contendientes de las guerras civiles de Angola, Somalia o Camboya nada les resulta más indiferente que la suerte que puedan correr sus pretendidos hermanos de tribu; no les importa arruinarlos, bombardearlos, pasarlos por las armas.

A buen seguro el contenido ideológico del fundamentalismo islámico también sea mucho más insípido de lo que suponemos en Occidente. Cualquier musulmán inteligente nos confirmará que no tiene nada que ver con la ortodoxia; se trata simplemente de una reacción radical a la presión modernizadora. Ver a Saddam Hussein posando como devoto musulmán constituye una caricatura absolutamente blasfema, y casi lo mismo cabe decir de la mayoría de los regímenes del Magreb y de Oriente Medio, cuya mayor ilusión

consiste en poder poseer las conquistas más mortíferas de este Occidente al que precisamente combaten: misiles, bombas nucleares y fábricas de gases tóxicos. Lo que las diversas sectas, facciones y milicias fundamentalistas buscan ante todo es estrangular a sus hermanos en la fe, a sus correligionarios. Por lo tanto, tampoco en este caso tenemos que vérnoslas con convicciones, sino con sus facsímiles.

Parecida falta de contenido descubrimos en las guerras civiles moleculares que se suceden en las metrópolis. Las guerras de bandas en los guetos norteamericanos resultan incomprensibles si las analizamos con ayuda del esquema de las luchas de clase históricas. Ni siquiera pueden explicarse por la oposición entre blancos y negros, pues las víctimas de asaltos, pillajes y asesinatos son mayoritariamente los propios negros. La reciente revuelta de Los Ángeles no iba dirigida contra las mansiones de los barrios ricos; los criminales incendiaron ante todo instalaciones de su propia *community*, entre ellas la librería más antigua de los Estados Unidos, regentada por negros, así como la oficina del político local más militante que poseía el barrio. En las luchas entre bandas siempre son los perdedores quienes disparan contra otros perdedores.

Pero fijémonos ahora en los involucrados en nuestras propias guerras moleculares. Solemos catalogarlos como ultraderechistas o neonazis, y así creemos saber a qué atenernos. Pero incluso en tales casos la ideología es simple mascarada. Preguntado por sus móviles, el homicida adolescente que se lanza a la caza de ciudadanos indefensos suele dar respuestas como: «lo hice sin pensar», «estaba aburrido», «estos extranjeros no me caían bien». Y nada más. No sabe nada acerca del nacionalsocialismo. La historia no le interesa. La cruz gamada y el saludo fascista no son más que requisitos arbitrarios; pero la vestimenta, la música y los vídeos son cien por cien norteamericanos. Ostenta la bandera de guerra del Reich, pero viste vaqueros y *T-shirt*. Al actuar como *skinhead*, el joven vándalo adopta un nombre inglés, lo cual le llena de orgullo. Conjuntos musicales, *compact discs* y *fanzines* se cuidan de garantizar la comunicación dentro de estos círculos. La «germanidad» invocada en Alemania no es sino un eslogan sin contenido, que tan solo sirve para rellenar los huecos del cerebro. En lugar de turcos o vietnamitas, el criminal también habría podido apalear a inválidos, indigentes, débiles mentales, ancianas o niños; o también, caso de que no fuera demasiado cobarde para ello, a alemanes occidentales u orientales, según la ubicación geográfica de la población que escoge para sus tropelías. Ante la alternativa de tener que elegir entre germanidad y motocicleta, patria o discoteca, la opción no le debería resultar difícil. Puesto que no cree en el futuro, no es de extrañar que ni siquiera su propia patria le importe un pepino.

Lo mismo cabe decir de la vertiente política de la ultraderecha. El júbilo desencadenado por la bancarrota del comunismo nos hace olvidar el hecho de que el proyecto de la derecha ya había fenecido bastante antes. Tan pronto un partido ultraderechista está a punto de convertirse en fuerza política, resulta que no dispone de ningún programa; lo que presenta como tal es un remedo cuya caducidad ya queda demostrada por las más elementales realidades económicas. Todos los países industrializados están inequívocamente integrados en el mercado mundial y dependen totalmente de él. La autarquía nacional, la homogeneidad racial o étnica, así como las aventuras políticas aisladas, inevitablemente conducirían a sus habitantes a la muerte por inanición. El internacionalismo de derechas no deja de ser una idea descabellada. Debido a ello, lo que viene en llamarse la Nueva Derecha ni siquiera es capaz de estructurar una política europea coherente. La consigna «Alemania para los alemanes» no solo resulta bárbara desde el punto de vista político. Quien quisiera tomarla en serio, se vería obligado a estatalizar todas las transnacionales y cerrar el aeropuerto de Fráncfort. Ni siquiera los portavoces de la derecha creen en sus propias fanfarronadas. Su ideología caduca, desaparecida sin dejar atrás el menor rastro, solo alimenta ya el deseo de una agresión sin contenido.

IV. DESINTERÉS, AUTODESTRUCCIÓN

El autismo de los combatientes no es el único aspecto común que salta a la vista en todas estas guerras civiles moleculares y regionales. Una segunda característica es el altruismo o desinterés de los implicados, que aquí adopta un significado completamente nuevo. En un libro imprescindible, publicado en 1951, podemos leer lo siguiente al respecto:

«Probablemente el odio no haya faltado nunca en el mundo; pero entonces se convirtió en un factor político decisivo en todos los asuntos públicos (…) El odio no podía concentrarse realmente en nada y en nadie; no logró encontrar a nadie a quien pudiera hacer responsable: ni al gobierno, ni a la burguesía ni a las respectivas potencias extranjeras. De modo que penetró en todos los poros de la vida cotidiana y pudo dispersarse en todas direcciones, adoptar las formas más fantásticas e imprevisibles (…) Todos estaban contra todos y especialmente contra sus vecinos…

»Pero lo que diferencia a las masas modernas del populacho de tiempos pasados es el altruismo y la falta de interés por el bienestar de uno mismo (…) El altruismo entendido no como bondad sino como sentimiento de que uno mismo no es el centro, de que el yo puede ser sustituido en cualquier momento y en cualquier parte por otro (…) Este fenómeno de pérdida radical de uno mismo, esta indiferencia cínica o aburrida con la que las masas se encaminan a su propia muerte fue algo totalmente inesperado (…) Padecían una pérdida radical de sentido común y de discernimiento, así como de un fracaso no menos radical del más elemental instinto de autoconservación.»

En el citado fragmento, Hannah Arendt se refería al período comprendido entre ambas guerras mundiales. Describía la base sobre la cual las masas propiciaron el surgimiento de los sistemas totalitarios. La actualidad de su análisis es patente. Pero a diferencia de los años treinta, los criminales de nuestros días ya no tienen necesidad de rituales, uniformes, concentraciones, programas, promesas ni juramentos de fidelidad. Incluso pueden prescindir de un caudillo. Tienen suficiente con el odio. Si en aquel entonces el terror era monopolio de los regímenes totalitarios, hoy reaparece en forma

desnacionalizada. Hoy en día sobran la Gestapo y la GPU, ya que la causa queda en manos de sus infantiles clones.

De este modo, cualquier vagón del metro puede convertirse en una Bosnia en miniatura. Ya no hacen falta judíos para llevar a cabo el *pogrom*, ni contrarrevolucionarios para ejecutar la limpieza étnica. Basta con que alguien prefiera otro club de fútbol, que su tienda de comestibles funcione mejor que la de enfrente, que vista de otro modo, que hable otra lengua, que precise de una silla de ruedas o que ella se toque la cabeza con un pañuelo. Cualquier diferencia se convierte así en un riesgo mortal.

Ahora bien, la agresión no se dirige tan solo contra los otros, sino también contra la odiada vida de uno mismo. Parece como si -en palabras de Hannah Arendt- a los criminales no les importara vivir o morir, sino saber si alguna vez habían nacido o jamás habían visto la luz del mundo.

Por enorme que pudiera ser la reserva genética de estupidez, no basta para explicar esta violenta autodestrucción. Porque el nexo entre causa y efecto es tan evidente que cualquier menor de edad podría entenderlo.

Los lamentos por la pérdida de puestos de trabajo van acompañados de *pogroms* que a cualquier capitalista con dos dedos de frente le muestran lo insensato que sería invertir allí donde ya nadie puede estar seguro de su vida. El más estúpido presidente serbio, al igual que el más estúpido Rambo, sabe que la guerra civil que está llevando a cabo conducirá a su propio país irremisiblemente a un vacío económico. La única explicación posible es que dicha autodestrucción colectiva no constituye un efecto secundario con el que uno se conforma, sino el objetivo principal.

Los combatientes saben muy bien que solo pueden perder, que no pueden alcanzar victoria alguna. Hacen todo cuanto está en sus manos para agudizar al máximo su situación. No solo quieren convertir en «una auténtica mierda» a sus contrincantes, sino también a sí mismos. He aquí cómo describe un asistente social francés la situación reinante en los suburbios de París:

«Han acabado destruyéndolo todo: los buzones, los portales, las escaleras de las casas. Han arrasado y expoliado la policlínica en la que están tratando gratuitamente a sus hermanos y hermanas menores. No aceptan norma alguna. Hacen añicos los consultorios de médicos y dentistas, y también destruyen sus propias escuelas. Cuando alguien les monta un campo de fútbol, deciden serrar los postes de las porterias.»

Las imágenes tanto de la guerra civil molecular como de la macroscópica se semejan hasta en el más mínimo detalle. Un testigo ocular relata lo que vio en Mogadiscio. El informante estuvo presente

cuando una banda armada destruyó un hospital. No se trataba de una acción militar. Aquellos hombres no estaban amenazados por nadie; en toda la ciudad no se podía oír ni un solo disparo. El hospital ya estaba gravemente dañado y solo contaba con los elementos más imprescindibles. Los vándalos procedieron con rabiosa meticulosidad. Rajaron los colchones, arrojaron al suelo las botellas de suero y los medicamentos; luego, aquellos energúmenos armados y con uniformes de campaña dedicaron su atención al escaso instrumental. Solo se mostraron satisfechos después de haber inutilizado el único aparato de rayos X, el esterilizador y el aparato de oxígeno. Cada uno de aquellos *zombies* sabía que no podía vislumbrarse el fin de los combates; cada uno sabía que al día siguiente su propia vida podía depender de la presencia de un médico que lo cosiera. Por lo visto estaban guiados por la idea de aniquilar hasta la más mínima esperanza de supervivencia. Cabría calificar esta reacción como una *reductio ad insanitatem*. La locura suicida colectiva ha perdido de vista la categoría del futuro; tan solo concibe el presente. Ya no existen consecuencias. El mecanismo regulador de la autoconservación ha quedado derogado.

En una situación así se impone pensar en las especulaciones de Freud, quien al final no vio otra solución que estatuir una pulsión de muerte dirigida primariamente contra la destrucción de la vida propia y secundariamente contra la destrucción de la vida ajena; una hipótesis que nunca pudo ser comprobada empíricamente y que sigue siendo bastante nebulosa. Porque el concepto mismo del instinto de autoconservación resulta problemático, o por lo menos ingenuo. Posiblemente sirva para explicar el comportamiento de bacterias y plantas, pero fracasa tan pronto se aplica a animales superiores, y no explica en absoluto la historia. Al fin y al cabo, millones de personas murieron en calidad de santos y mártires, de héroes y fanáticos, sin tener en cuenta la ley de la autoconservación. Pensadores pesimistas como De Maistre siempre han reconocido la importancia central de la víctima y han convertido la necesidad de la represión en una virtud. Puede ser que todas las religiones tengan su origen en los sacrificios humanos, y también después de la desdeificación del mundo nunca les han faltado a los hombres unos fines superiores en nombre de los cuales decidían matar o morir. Cabe preguntarse incluso si eso que llamamos cultura habría sido posible sin esta facultad para la entrega y el abandono de la propia vida.

Hoy en día, a buen seguro todavía deben de existir personas que actúan desinteresadamente en el sentido arcaico de la palabra: auxiliadores dispuestos a afrontar cualquier riesgo personal; hombres situados en la oposición y que, como Jan Palach y los anónimos monjes budistas de Indochina, son capaces de llegar hasta la autoinmolación para defender sus convicciones; pero también

santones de sectas y fanáticos incoherentes, convencidos de que la extinción de la vida les asegurará una existencia paradisíaca en el más allá.

Pero no son precisamente estos pocos quienes llevan las de ganar en la guerra, sino aquellos excesivamente numerosos que ya han perdido todo aquello para lo cual pudieran aportar un sacrificio. Lo que confiere a las guerras civiles de nuestros días una calidad nueva e inquietante es el hecho de que se realizan sin ningún riesgo, de que prácticamente se lucha *por nada*. De este modo se convierten en unos retrovirus de lo político. Hasta donde podamos remontarnos, la política siempre había sido considerada como el arte de la discusión en torno a unos intereses, no necesariamente referidos al poder y a los recursos materiales, sino incluso centrados en perspectivas de futuro, es decir deseos, proyectos e ideas. A pesar de que este embrollado juego de intereses casi nunca se desarrollaba de forma incruenta, aunque sí siempre de forma imprevisible, las intenciones de los implicados en todo momento eran predecibles. Lo cual ya no resulta posible allí donde no se concede el menor valor a la vida propia ni a la del prójimo, y donde queda completamente fuera de lugar cualquier pensamiento político, desde Aristóteles y Maquiavelo hasta Marx y Weber. En un mundo por el cual vagan bombas vivientes, solo subsiste una utopía negativa: el protomito de la lucha de todos contra todos, tal como lo describió Hobbes.

V. LABERINTOS INTERPRETATIVOS, CALLEJONES SIN SALIDA

En esta situación surge la tentación de encontrar explicaciones lo más simples posible a lo que parece tan difícilmente explicable. A nadie sorprenderá que tanto políticos como editorialistas prefieran las interpretaciones más simplistas entre todas las disponibles. Con ello no hacen sino seguir los esquemas tradicionales de los partidos. Quien pretenda describir los esfuerzos de estos, no tendrá que extenderse demasiado.

Los oradores conservadores evocan sin cesar un imaginario *ancien régime* en el que supuestamente habrían imperado las buenas costumbres y la decencia, la ley y el orden. Las causas de la perdición del mundo las creen ver en los movimientos emancipadores de los dos últimos siglos y en la decadencia de la autoridad ancestral. Suponen, igualmente, que la salvación debe buscarse en la reimplantación de aquellas virtudes que tienen sus raíces en las sociedades estamentales de cuño patriarcal. Pero, comprensiblemente, no dan detalles de cómo y con qué medios políticos pretenden implantar este ideario en la fase actual de la civilización tardo industrial.

Mas he aquí que, en el ocaso de la socialdemocracia, ha vuelto a vencer Rousseau. Lo que ha acabado nacionalizándose no son los medios de producción, sino la terapia. La curiosa creencia de que el hombre es bueno por naturaleza tiene su último reducto en el trabajo social, donde las motivaciones pastorales se entremezclan sorprendentemente con vetustas teorías del entorno y de socialización, pero también con una versión *light* del psicoanálisis. Quienes se erigen en tutores de las ovejas descarriadas las exculpan con desmesurada benevolencia de toda responsabilidad por sus actos violentos. La culpa jamás la tiene el criminal, siempre el entorno: el hogar paterno, la sociedad, el consumismo, los medios audiovisuales, los malos ejemplos. Parece como si a todo homicida se le entregara por así decirlo un cuestionario de elección múltiple que debe rellenar siempre a su favor:

Mamá no me quería; Mis profesores eran excesivamente autoritarios/antiautoritarios; Papá llegaba a casa borracho/nunca

estaba en casa; El banco me concedió demasiado crédito/me bloqueó la cuenta corriente; Cuando era niño/estudiante/aprendiz/ empleado siempre me mimaron/relegaron; Mis padres se divorciaron demasiado pronto/tarde; En mi barrio había demasiadas/ insuficientes posibilidades de ocio. Por todo ello no tuve más alternativa que robar/ incendiar/atentar/matar. (Márquese lo que corresponda.)

Con tales procedimientos se consigue que el delito desaparezca, dado que ya no existen criminales, sino solo pacientes/clientes. Según este esquema, incluso a Höss y a Mengele habría que considerarlos unas víctimas desamparadas merecedoras de una ayuda adecuada en forma de tratamiento psicoterapéutico a cargo de la seguridad social. Siguiendo esta lógica, solo los terapeutas podrían plantearse dudas morales al respecto, al ser los únicos capaces de comprender la situación. Y puesto que todos los demás no son responsables de nada, y mucho menos de sus propios actos, ya no existen como personas, sino únicamente como destinatarios de la asistencia social.

Si comparamos la mamarrachada política de tales afirmaciones con las teorías materialistas sobre la crisis, por muy crudas que estas sean todavía resultan plausibles porque por lo menos se basan en datos económicos y por lo tanto comprobables. Solo a un mentecato se le ocurriría servirse del argumento de que el análisis marxista ya no está de moda. Desde que el mercado mundial ha dejado de ser una visión de futuro para convertirse en una realidad global, cada año produce menos ganadores y más perdedores; pero no solo en el Segundo y Tercer Mundo, sino incluso en el centro del capitalismo. Mientras allí son países e incluso continentes enteros los que quedan marginados de las relaciones internacionales de intercambio, aquí son sectores cada vez más amplios de la población los que ya no pueden mantener el ritmo de una competencia cada vez más salvaje.

Si nos imaginamos un atlas que muestre la distribución territorial de todas estas masas «superfluas» -es decir, por un lado las regiones del subdesarrollo en sus diversas gradaciones, y por otro las zonas de infraocupación en las metrópolis-, y si a continuación tomamos los lugares en los que habitan dichas masas y los comparamos con los focos de las pequeñas y las grandes guerras civiles, obtendremos una clara correlación. Y entonces llegaremos a la conclusión de que la violencia colectiva no es más que la reacción desesperada de los perdedores ante su situación económica sin futuro.

Sin embargo, no se han producido las consecuencias políticas anunciadas por los teóricos marxistas. En este sentido, sus tesis han sido falsificadas. La lucha internacional de clases no tiene lugar. Ninguno de los dos bandos implicados en la famosa contradicción básica tiene intención de llegar a una confrontación global. Los perdedores, lejos de unirse bajo una misma bandera, van acelerando

su autodestrucción, al tiempo que el capital se retira siempre que puede de los escenarios bélicos.

En este contexto es preciso, aunque no prometedor, rebatir la pertinaz creencia de que las condiciones de explotación pueden reducirse a un mero problema de distribución, como si se tratara del reparto justo o injusto de un pastel. Aparte de que este clisé no puede invocar en absoluto la teoría marxista, es sencillamente falso. Nos lo suelen presentar afirmando que «nosotros» vivimos a costa del Tercer Mundo; que nosotros, es decir, los países industrializados, somos tan ricos porque lo estamos explotando. Pero quienes se autoinculpan de este modo suelen desconocer los hechos. Para ello basta un solo indicador: la participación de África en las exportaciones mundiales se reduce al 1,3 por ciento; el de Latinoamérica se sitúa en el 4,35 por ciento. Los economistas que han estudiado la cuestión no creen que la población de los países más ricos llegara a enterarse si los continentes más pobres desaparecieran del mapa. Y esta situación tan catastrófica no la pueden modificar las crisis causadas por el endeudamiento ni los vaivenes en los precios de las materias primas, la fuga de capitales ni el proteccionismo.

Las teorías que se limitan a achacar la pobreza de los pobres exclusivamente a factores externos no solo alimentan la indignación moral, sino que tienen otra ventaja: exculpan a los gobernantes del mundo pobre y achacan todas las miserias a Occidente, recientemente rebautizado como El Norte. Los africanos, que ya se han percatado de esta artimaña, afirman ahora que solo hay una cosa todavía peor que ser explotados por las multinacionales: no ser explotados por ellas. Según ellos, el enemigo principal ya no son los centros del capitalismo sino aquellos gángsters políticos que desde hace años arruinan sistemáticamente sus respectivos países. Ninguna persona lúcida se traga que la gran banca haya escenificado durante veinte años la guerra civil del Chad, que Idi Amin sea un agente de la CIA o que los Tigres tamiles sean marionetas del Pentágono. A pesar de ello, hay incluso europeos que siguen aferrándose a la idea de que no existen criminales, solo instigadores. Siguiendo esta lógica, la guerra civil de Yugoslavia no sería responsabilidad de serbios ni de croatas, sino de ciertos secretarios de Estado de Bonn que por esta vía pretenderían restaurar el Gran Reich alemán.

Tan descabelladas imputaciones también desempeñan un papel en la guerra civil molecular, solo que en este caso los perdedores, llevados por su paranoia, se empeñan en señalar como causantes de su miseria a extranjeros, judíos, coreanos, latinoamericanos o gitanos. Todas estas fantasiosas visiones de conjura no hacen más que ocultar la terrible verdad: en Nueva York al igual que en el Zaire, en las metrópolis al igual que en los países pobres, son cada vez más las

personas que son suprimidas del circuito económico porque ya no resulta rentable explotarlas.

Si las cosas son así, se echaría una luz mortecina sobre todas las teorías acerca de las vías no simultáneas, que interpretan cualquier conflicto esencial como crisis de adaptación: la modernización global sería un proceso lineal, imparable; las guerras civiles, al igual que otros actos condenables, se explicarían por las contradicciones derivadas del progreso; el subdesarrollo, el fundamentalismo y las luchas tribales serían simples fenómenos provocados por el atraso. La versión vulgar de esta interpretación culmina en la afirmación de que hay sociedades que todavía viven «en la oscuridad de la Edad Media». En este contexto hay quien llega a tomar en serio la creación de tradiciones ficticias, como el folclórico baile de disfraces de las etnias.

Parece ser que esta interpretación del desarrollo contiene un núcleo esperanzador. Se dice que una vez superadas las mentalidades y formas de producción arcaicas, ya nada se opondría a un futuro más feliz; las sociedades atrasadas solo tendrían que seguir entonces el sendero recorrido por sus predecesoras más avanzadas para poder alcanzarlas. Pero, por desgracia, un modelo filosófico-histórico de este tipo nos parece igualmente anticuado. Porque el proyecto de modernización falló por lo menos en el sentido de que aquellos que han sido «dejados atrás», dondequiera que se encuentren, siempre se hallan en una situación sin esperanza. Por razones ecológicas, demográficas y económicas jamás se logrará equilibrar el *décalage* de la modernización. Al contrario: las diferencias aumentan de año en año. Todo el mundo lo sabe; no solo lo han comprendido el campesino sin tierra y el metalúrgico en paro, sino incluso el rudo matón y el jefe de banda que actúa de forma incoherente.

«En su fuero interno, el colonizado no reconoce ninguna instancia. Aunque agraviado, no está convencido de su humillación.» Tomando como ejemplo la dominación colonial europea, Frantz Fanon demostró hace más de treinta años que los *Parias de la Tierra* no solo se rebelan contra la miseria y el hambre, sino igualmente contra la constante humillación a la que se ven sometidos. Esta idea no es nueva; procede de la filosofía alemana, y la conocida fábula de Hegel la desarrolla del siguiente modo:

El estado original de la sociedad humana es la lucha, pero no solo para asegurarse los recursos existentes, sino también el reconocimiento por parte de los demás. Esta lucha es a vida o muerte, hasta que el derrotado es abatido o se rinde. En este caso se convierte en siervo del vencedor. Pero la dialéctica quiere que no sea el señor el que transforme el mundo, sino el siervo, y precisamente a través de su trabajo, que durará hasta que al final el señor dependa de él. Una vez alcanzado este estadio, el siervo forzará su reconocimiento. El

momento histórico en que esto sucedió fue la Revolución Francesa. Solo entonces pudo surgir el Estado universal, homogéneo, que garantiza a todo ciudadano el reconocimiento por parte de los demás. Con ello, todos han alcanzado la libertad, la emancipación. Con Napoleón la Historia toca a su fin y la igualdad llega a ser un hecho.

No es preciso ser hegeliano para comprender que el deseo de alcanzar reconocimiento constituye un hecho antropológico fundamental. Pero sería ilusorio pensar que ello haya llegado a cumplirse alguna vez. Incluso parece dudoso que ello sea posible. Lo cierto es que la inmensa mayoría de las personas que hoy pueblan el planeta solo pueden soñarlo. Posiblemente la irresistible fuerza de atracción ejercida por los regímenes terroristas del siglo XX pueda explicarse en buena parte por el hecho de que todos ellos habían prometido a los humillados que por medio de la fuerza lograrían que se los reconociera: como comunidad nacional, como sociedad sin clases, como *umma* de los creyentes. Pero todos ellos cumplen sus promesas negando a todos por igual dicho reconocimiento.

Una vez derrocados, se reinicia la lucha, pero con la diferencia de que al agraviado le falta ahora -en la terminología de Frantz Fanon- el señor colonial: «El colonizado es un perseguido que continuamente sueña con convertirse en perseguidor (…) En las luchas tribales reviven los viejos resentimientos soterrados en la memoria colectiva. El colonizado se lanza en cuerpo y alma a tales actos de venganza (…) La autodestrucción de un colectivo es, por lo tanto, una de las vías para descargar la tensión física del colonizado.»

Hegel toma el concepto del reconocimiento de modo formal; busca fijarlo objetivamente. El que se siente agraviado o humillado, jamás lo aceptará. Una cosa es postular la igualdad ante la ley, que en algunos países incluso ha sido impuesta en mayor o menor grado. El Estado de derecho incluso logró suprimir las formas más manifiestas de opresión; el Estado social, garantizar a todos los ciudadanos un mínimo de subsistencia, etcétera. Sin embargo, el deseo de reconocimiento desarrolló, primero en las metrópolis y luego en todo el mundo, una dinámica que ni tan solo hubiera podido imaginar un filósofo de 1806.

Toda comunidad, incluso la más opulenta y pacífica, produce continuamente nuevas y concretas desigualdades, agravios al amor propio, injusticias y frustraciones de todo tipo. Y a medida que aumentan la igualdad y la libertad formales de los ciudadanos, se incrementan también sus reivindicaciones. Si estas no se cumplen, prácticamente todos ellos pueden sentirse agraviados. El deseo de reconocimiento es insaciable. Lo podemos comprobar a diario en la crónica de sucesos. En el gueto, querer llevar una determinada marca de calzado deportivo es motivo suficiente para llevar a cabo un robo

con homicidio. Y el oficinista que fracasa en su intento de ser una estrella pop, se venga de dicha humillación asaltando un banco o disparando indiscriminadamente contra la multitud.

Un último intento de explicación, el más deprimente de todos, tiene que ver con el inaudito crecimiento de la población mundial. Ya en 1950 Hannah Arendt manifestó la sospecha de que la facilidad con la que los regímenes totalitarios consiguieron imponer su sangrienta lógica tenía mucho que ver con este rápido crecimiento y con la falta de tierras y el desarraigo de las masas, que en el sentido de las categorías utilitaristas acaban siendo realmente «superfluas». Parece como si el valor que conceden a su propia vida y a la de los demás disminuyera en la misma medida en que aumenta la población mundial.

Resulta difícil comprenderlo. Pero no solo las estadísticas de población, de migraciones y de refugiados muestran hasta qué punto el mundo se está quedando estrecho. También la vida cotidiana nos lo muestra. El paro, la falta de un techo, la degradación de muchos barrios de las grandes urbes, los campos y barcos repletos de refugiados hacinados demuestran al subconsciente una y otra vez que somos *demasiados*. Y la reacción es una violencia ciega y psicótica dirigida contra lo que está más a mano.

Esta tendencia puede apreciarse en cualquier parte. Incluso personas aparentemente normales se convierten en criminales cuando se trata de eliminar a los «superfluos», entre los que en secreto también se cuentan ellos mismos. Lo único que cambia es el grado del delito cometido, que depende de los medios de que disponga cada cual. Mientras el incendiario solo cuenta con una botella de gasolina, el gobernante puede servirse de misiles y gases tóxicos. Quienes atizan las guerras civiles no solo persiguen la llamada «limpieza étnica», pues la consecuencia última de sus esfuerzos es la despoblación total. Como solución alternativa, caso de fracasar esta, acuden a la expulsión, que utilizan como arma demográfica contra el mundo exterior. Trasplantan a las víctimas a países terceros, como castigo por el hecho de que estos todavía defienden vestigios de civilización. Para estos cabecillas la población no es más que molesta inmundicia que debe ser eliminada.

Ante tales razonamientos resulta difícil determinar dónde termina la interpretación y dónde comienza el desprecio por el hombre. La línea divisoria queda franqueada cuando se llega al extremo de afirmar que la humanidad obedece sin saberlo a un imperativo biológico, como si se tratara de reducir la población del planeta a una cifra soportable por la biosfera.

No faltan voces en este sentido. Hay científicos que argumentan de este modo, y autoproclamados abogados de la naturaleza que los

secundan. Resulta curioso que para ilustrarlo se suela echar mano de ese legendario experimento en el que se obligó a un número cada vez mayor de ratas a convivir en un espacio cada vez más reducido. Según dicha lógica, las guerras civiles y otras formas de automutilación no serían sino mecanismos destinados a garantizar la supervivencia de la especie a cambio de incontables víctimas.

Tales ideas ponen de manifiesto la naturaleza híbrida y los delirios de grandeza de sus artífices. Desde un principio, muchos biólogos abonaron el terreno para la futura implantación de los regímenes totalitarios. Imposible olvidar los servicios prestados por los eugenistas y los experimentadores médicos, cuyas consecuencias pudieron contemplarse en los campos de exterminio. La comparación con las ratas no es casual. Pero, aparte de la debilidad moral del pensamiento biológico, este adolece también de un defecto intelectual.

Porque quien así argumenta pretende contemplar a la humanidad desde fuera, una idea absurda incluso desde la perspectiva de la teoría del conocimiento. Resulta realmente incomprensible cómo un portavoz humano puede colocarse en el punto de mira de un virus o de una galaxia. Por estos medios resulta imposible obtener una visión objetiva del comportamiento humano. Una artimaña de este tipo jamás podrá remitirse al pensamiento de Hannah Arendt. Y es que la biología no tiene nada que aportar a la comprensión de las guerras civiles.

VI. INDICIOS, AUTOINTERPRETACIONES

El comienzo es incruento, los indicios son inofensivos. La guerra civil molecular se inicia de forma imperceptible, sin que medie una movilización general. Poco a poco, en la calle se van acumulando las basuras. En el parque aumenta el número de jeringuillas y de botellas de cerveza destrozadas. Por doquier las paredes se van cubriendo de *graffiti* monótonos cuyo único mensaje es el autismo: evocan un Yo que ya no existe. Los colegios aparecen con el mobiliario destrozado, los patios apestan a mierda y orina. Nos hallamos ante unas declaraciones de guerra; aunque pequeñas, mudas, el urbanita experimentado sabe interpretarlas.

Pronto la nostalgia del gueto se desahoga por medio de señales más claras. Neumáticos pinchados, teléfonos públicos inutilizados, coches incendiados. Estos actos espontáneos exteriorizan la rabia por todo cuanto todavía está entero, el odio contra todo aquello que aún funciona; un odio que forma una amalgama indisoluble con el odio hacia uno mismo. Los jóvenes son la avanzadilla de la guerra civil. Ello no solo se debe a la normal acumulación de energía física y emocional entre los adolescentes, sino también a la incomprensible herencia que les sobreviene, a los problemas insolubles de una riqueza desconsoladora. Ahora bien, todo cuanto hacen ya se da de forma latente en sus padres: una furia destructora que solo puede canalizarse parcialmente a través de formas socialmente aceptadas, como son obcecación por el automóvil, obsesión por el trabajo, voracidad, alcoholismo, codicia, deseos de pleitear, racismo y violencia familiar.

Resulta difícil decir de dónde parte el peligro en toda esta amalgama de agresiones. La percepción cambia de un instante al siguiente, como en una ilusión óptica. Un individuo que no conduce automóvil comenta:

«Cuando tomo el metro al atardecer ocurre lo siguiente. El vagón está casi vacío y mal iluminado. Un anciano duerme en su rincón; en el otro extremo hay unos tipos algo bebidos, charlando. Los dos a mi lado parecen empleados que acaban de hacer horas extra. Llegamos a una estación y suben cuatro jóvenes de unos veinte años. Las típicas

botas y chupas de cuero. Hablan en voz alta y en una lengua que no entiendo, posiblemente árabe. Su actitud es retadora, recorren el vagón como si estuvieran buscando víctimas. Se acercan y de inmediato me siento amenazado. Me miran fijamente. Temo que me vayan a atacar. Pero siguen adelante y veo los rostros de los demás pasajeros, amargados, llenos de rabia contenida, desfigurados por una extraña fealdad. Las palabras que pronuncian las conozco demasiado bien. Incluso el anciano se ha despertado y murmura algo de colgarlos y coserlos a tiros. Ya no son los extranjeros quienes me atemorizan, sino mis propios compatriotas.»

«La excursión que mi hija tenía que hacer con el colegio -relata otro- fracasó porque en su clase hay dos chicas turcas. Los padres prohibieron ir a sus hijas porque el riesgo era demasiado grande. Una prueba de que existen espacios públicos considerados *off limits*; uno ya no puede pisarlos sin correr riesgos. No es algo nuevo: hace cuatro años el barrio berlinés de Kreuzberg estuvo controlado por unos doscientos individuos que se autodenominaban autónomos. En este contexto dicho término significa "para nosotros ya no existe la sociedad humana". En aquella ocasión consiguieron casi por completo su objetivo de tapar la boca al resto de la población. Así surgió un territorio sin ley, dominado por la censura, el miedo y el chantaje. Las instituciones abandonaron el barrio y las pocas organizaciones civiles que quedaban fueron obligadas poco a poco a dejarlo.

»Zonas similares las encontramos también en la Europa Oriental y en la antigua República Democrática Alemana. No deja de ser irónico que la antigua zona soviética se haya convertido de nuevo en eso: una zona. En algunos barrios impera la ley del más fuerte. La policía, que se siente inferior, ya no se atreve a entrar allí, con lo cual se convierte tácitamente en cómplice. En todos estos casos puede hablarse de territorios liberados, en el sentido de que los criminales han conseguido liberarse de la civilización y sus cargas.

»Bajo tales condiciones se produce una doble migración: la llegada de bandas de matones con disfraces ultraderechistas, y la huida de las personas amenazadas. En un principio, estas eran los extranjeros y quienes pensaban de otro modo, pero ahora son todos aquellos que no quieren someterse al terror. La consecuencia es la degradación del territorio. Un factor importante de tales procesos, al igual que en los Estados Unidos, es la desindustrialización. Las condiciones de vida empeoran. Por un lado aparecen reductos protegidos por patrullas de vigilantes constituidas por los vecinos; por otro, *slums* y guetos. En los barrios afectados las instituciones oficiales, las patrullas de policía y los tribunales ya no tienen ningún poder; han perdido el control.

»Un caso especial lo constituyen las regiones fronterizas, con sus propias turbulencias y reglas de juego. Las bandas dedicadas al

contrabando, a la droga y a la criminalidad en general ya han conseguido alterar profundamente la convivencia. A ello contribuyen también los inmigrantes ilegales, en su mayoría procedentes de un entorno cultural diferente, que los incapacita para comprender las formas usuales de convivencia. Pero incluso los ciudadanos del lugar acaban abandonando las normas de la civilización, permitiendo así que se impongan las reglas elementales de la ley del más fuerte. Tal como un Saddam Hussein anula el derecho internacional público, en dichos territorios desaparecen todas las normas internas, ya sean escritas o consuetudinarias. Al final solo hablan las armas.»

A la población amenazada no le queda entonces sino elegir entre dos estrategias: la huida o la autoprotección. Una minoría privilegiada se busca sus propias vías de fuga; se traslada a «paraísos de vacaciones», se refugia en segundas residencias o casas solariegas, funda comunas o sectas en el campo. Para la gran masa sin recursos la huida adopta la forma de la petición de asilo o bien de la emigración en condiciones infrahumanas.

Quienes no optan por la huida, se enclaustran. En todos los países del mundo se está trabajando en la reconstrucción del Limes romano, destinado a proteger del asalto de los bárbaros. Pero incluso dentro de las metrópolis se están formando archipiélagos de alta seguridad. En las grandes urbes americanas, africanas y asiáticas, los privilegiados han creado ya hace tiempo ciudadelas rodeadas de altos muros y alambradas de púas. En ocasiones se trata de barrios enteros a los que solo se puede acceder con un pase especial. Barreras, cámaras electrónicas y perros adiestrados controlan el acceso. En las torres de vigilancia, guardias de seguridad provistos de metralletas controlan los alrededores. Se impone el paralelismo con los campos de concentración, con la diferencia de que en este caso es el mundo exterior el que los internados consideran como posible zona de exterminio. Los privilegiados pagan un alto precio por el lujo de su aislamiento total: se han convertido en prisioneros de su propia seguridad.

La dinámica de la guerra civil comporta también el armamento de la población. Allí donde el Estado ya no ejerce su monopolio de poder, le corresponde al individuo defenderse por su cuenta. Incluso Hobbes, quien concedía al Estado un ejercicio casi ilimitado del poder, afirma con referencia a esta situación: «Las obligaciones de los súbditos para con el soberano solo tienen vigencia mientras este pueda protegerlos por razón de su poder. Porque ninguna ley puede derogar el derecho natural del hombre a defenderse a sí mismo cuando nadie más es capaz de hacerlo.»

Las razones del abandono por parte de los Estados pueden ser muy diversas. Al principio suelen darse la cobardía y el cálculo táctico,

como sucedió durante la República de Weimar y ahora en la Alemania reunificada. Cuando la guerra civil molecular ya ha avanzado más, la policía y la justicia se ven atadas de pies y manos. Mientras todavía se producen detenciones, las cárceles repletas se convierten en campos de entrenamiento para los combatientes. En otros casos, como en la Unión Soviética, el Estado pierde toda su legitimación. Un paso más y ocurre como en Yugoslavia, donde es el propio régimen el que fomenta la creación de bandas.

Quien dispone de los medios necesarios, contratará ya de entrada mercenarios que sustituyan a la policía. Un signo inequívoco lo tenemos en el crecimiento de las llamadas compañías de seguridad. El guardia de seguridad se va convirtiendo en símbolo de estatus. Los organismos estatales incluso contratan sheriffs negros para proteger la infraestructura. Allí donde a los ciudadanos les resulta demasiado oneroso contratar los servicios de los guardias de seguridad, ellos mismos forman patrullas de vigilantes. Y quien ni siquiera puede permitirse esto, se procurará tarde o temprano un arma de fuego. El prototipo lo constituyen en este aspecto los Estados Unidos, donde la posesión privada de armas forma parte de la ideología nacional.

Las guerras civiles, ya sean moleculares o a gran escala, son contagiosas. Mientras el número de quienes no tienen participación alguna en ellas disminuye -sea porque mueren o huyen o se unen a uno de los bandos-, los contendientes se van pareciendo cada vez más. La semejanza afecta tanto a su comportamiento como a su moralidad. En las zonas conflictivas de las ciudades la policía y el ejército actúan como si fueran una banda más. Las unidades antiterroristas practican la pena de muerte preventiva; los drogadictos y los pequeños delincuentes son víctima de los escuadrones de la muerte, fiel reflejo de aquellos a quienes combaten. Al *lumpenproletariado* le corresponde una *lumpenburguesía* que copia al enemigo en la elección de los medios. Algo parecido ocurre cuando el foco bélico se va extendiendo. Entonces ya no es posible distinguir entre agresión y defensa. El mecanismo se parece al de la *vendetta*. Aumenta cada vez más el número de personas que se ven arrastradas al torbellino de miedo y odio, hasta alcanzar un estado de asocialidad total.

«No sabemos qué nos ha ocurrido.» Esta es la frase que más repiten los supervivientes de Sarajevo. Donde fallan todas las explicaciones, el intento de autointerpretación sea quizás una de las pocas posibilidades de buscar las causas. Este intento lo ha emprendido el escritor norteamericano Bill Buford. En su reportaje *Entre los vandalos*, describe cómo él mismo se convirtió en parte integrante de la turba. El reportaje trata de la fase de latencia de la guerra civil, y su escenario es el campo de fútbol:

«A pesar de que todavía no podía presumir de haber entablado una

relación con “ellos”, noté que poco a poco le fui encontrando gusto al espectáculo (…) Hoy, retrospectivamente, me parece que era como la habituación al alcohol o al tabaco: primero una cierta repugnancia; luego, con cierto esfuerzo, una sensación estimulante; con el tiempo se convierte en adicción. Y al final quizás adquiere aspectos de autodestrucción.»

En la escena que sigue, la aceptación de la violencia alcanza su punto culminante:

«Eran seis, y todos comenzaron a dar patadas al chico caído en el suelo, que se guarecía la cara con las manos. Con gran sorpresa constaté que por el sonido era capaz de reconocer si una bota fallaba el golpe o si daba en los dedos en lugar de la frente o la nariz. Quedé como paralizado. Cuando ahora pienso en lo sucedido, me imagino que estuvo en mis manos poner fin a todo aquello (…) Pero no lo hice. Creo que ni siquiera se me ocurrió. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado dramáticamente; el comienzo y el fin de cada segundo parecían tan claramente marcados como la secuencia de imágenes de un rollo de película, y yo estaba hipnotizado por cada una de las imágenes que veía (…) Con este primer acto violento crucé una especie de umbral, una divisoria imaginaria: a un lado del umbral había reinado un sentido por los límites de lo permitido, un acuerdo tácito (incluso en aquel grupo) acerca de lo que no debía hacerse; pero traspasado el umbral nos encontrábamos en algún sitio donde ya no había limitaciones, donde ya no existía el sentido de que había cosas que no se podían hacer (…) Era una emoción que limitaba con algo más grande, una sensación trascendente, como mínimo de alegría, pero probablemente algo así como éxtasis. De allí emanaba una energía penetrante; imposible sustraerse a ella. Alguien a mi lado dijo que se sentía feliz, muy feliz, que no recordaba haber sido jamás tan feliz.»

VII. PRESUNCIONES DE INOCENCIA, CAMPOS DE MINAS

También la palabrería sin sentido acerca de la guerra civil desemboca tarde o temprano en una especie de autointerpretación. En este caso no se fracturan huesos, pero cualquier discusión sobre la guerra civil no hace sino reproducir esta. No soy neutral. Estoy contagiado. Siento cómo la rabia, el miedo y el odio se están acumulando en mí. Estoy involucrado en aquello de lo que estoy hablando. Mi sistema límbico inunda el cerebro con mensajes de los que nada sé. Estoy en peligro de perder el control sobre las ideas que fluyen hacia mí.

Resulta imposible cualquier discurso lineal sobre este tema. Quien se limita a reafirmar su propia postura, no hace sino echar más leña al fuego. No existe un punto de Arquímedes. Me he adentrado en un campo de minas intelectual y moral. Me muevo con precaución. Solo sé que a lo sumo me podré orientar; en ningún momento lograré desactivar las minas. No estoy de acuerdo con nadie, ni siquiera conmigo mismo.

Como casualmente he nacido aquí, en Alemania, al cabo de cincuenta años todavía me veo acurrucado en un sótano, envuelto en una manta. Hasta hoy soy capaz de distinguir el ladrido de la artillería antiaérea del aullido de bomba de la aviación. A veces me martiriza en sueños el ulular de las sirenas, una melodía odiosa. Recuerdo muy bien los sobresaltos de los bombardeos. Y los adultos que permanecían acurrucados en el banco de aquel sótano y a quienes iban destinados los «ataques indiscriminados» de los aliados eran la «población civil inocente». Cada vez que escucho estos términos me pongo a cavilar.

Cuando la guerra civil alcanza su punto culminante, resulta que la mayoría no la había querido. Permanece muda. Nadie le hace caso. Siempre que se le ofrece la oportunidad, da la espalda a los combates y huye. Son ante todo las mujeres quienes se ocupan de remover las ruinas en busca de un puñado de harina, leña, unas cuantas patatas, y de sacar a sus hijos del infierno. Los ancianos buscan entre los escombros de sus hogares incendiados, hombres cansados entierran los cadáveres. Todos conocen imágenes como estas y aún mucho peores. Estas gentes no disparan ni torturan. Sus rostros no están marcados

por el odio; están apagados por el agotamiento.

Pero no siempre ha sido así. La «población civil inocente» que permanecía en los sótanos mientras las bombas de fósforo convertían la ciudad en un mar de llamas había sufrido una profunda transformación. Porque sé muy bien cómo habían brillado sus ojos cada vez que hablaba el Führer, quien no les ocultaba sus intenciones -un «combate gigantesco, jamás visto», la lucha decisiva y el empleo de todos los medios-, y cómo pocos años antes habían presenciado la quema de las sinagogas. Sin la entusiasta connivencia de dicha población, los nazis jamás habrían logrado conquistar el poder.

Pero ojo: todo aquel que piensa que esto solo es aplicable a los alemanes es un idiota. Porque sin esa «energía penetrante», sin esa «felicidad», sin el «éxtasis» que nos refiere Bill Buford, no es posible que estalle la guerra civil molecular ante nuestras mismas puertas ni el infierno más allá de nuestras fronteras. Al principio siempre reina un júbilo histérico, ya sea en las gradas del estadio de fútbol, o bien en las calles de Rostock y Brixton, de Bagdad y Belgrado. A menudo los provocadores de la guerra han surgido de las urnas por mayoría aplastante, y en algún que otro lugar los comicios incluso han revalidado sus fechorías.

Solo mucho más tarde aparecen quienes achacan la responsabilidad de los crímenes a uno u otro de los jerarcas enajenados, siguiendo para ello un esquema que me resulta muy familiar. Ahora bien, ¿quién ha criado y alimentado a estos cabecillas, quién los aplaudió y rezó por ellos? ¿Quién, si no la «población civil inocente»? Porque el tirador emboscado que viste uniforme de campaña, el guardián del campo de concentración, el homicida que berrea consignas nazis, que entona cantos populares o jaculatorias, no es un ser de otro planeta, sino el enviado de un colectivo, que se envalentona gracias al odio, a la crueldad y a la sed de venganza de este. Solo cuando dicha población siente en su propia carne las consecuencias mortales de sus actos y de sus omisiones, suena la hora de los inocentes.

VIII. CULTURA DEL ODIO, ESTADO DE TRANCE DE LOS MEDIOS

Bienaventurado aquel que llegara a convencerse de que la cultura es capaz de proteger a una sociedad frente a la violencia. Ya antes de iniciarse el siglo los artistas, escritores y teóricos de la modernidad demostraron justo lo contrario. Su predilección por el crimen, por el *outsider* satánico, por la destrucción de la civilización es notoria. Desde París hasta San Petersburgo los intelectuales del *fin de siècle* coqueteaban con el terror. Tanto los primeros expresionistas como los futuristas ansiaban la guerra. Ni siquiera después de la Primera Guerra Mundial disminuyó la glorificación de la violencia; al contrario: aumentó. Grandes sectores de la élite intelectual ensalzaban la vuelta a la barbarie. Los escritos de Sade fueron objeto de una veneración ritual que perdura hasta nuestros días. Ernst Jünger propagó la violencia purificadora de las tormentas de acero, Céline flirteaba con la chusma antisemita, y André Breton afirmaba que «el acto surrealista más simple» consistía en «salir a la calle empuñando un revólver para disparar a ciegas y mientras se pueda contra la multitud». Cabe preguntarse hasta qué punto el culto a la violencia profesado por las vanguardias europeas puede tomarse al pie de la letra. Sus provocaciones no solo prueban un profundo odio hacia todo lo existente, sino también un odio igualmente profundo contra ellos mismos. Probablemente también actuaran así para compensar sus propios sentimientos de impotencia y como rechazo de una oleada de modernización que amenazaba sus afanes de notoriedad. Además, habría que tener en cuenta su natural tendencia a la pose. Y, por último, cabría interpretarlos también a modo de indicadores precoces, porque la fascinación que manifestaban era como una premonición de lo que iba a suceder. Por lo demás, para propagar la guerra civil les faltaba la necesaria influencia sobre las masas.

Esta falta de audiencia popular no la tuvieron ciertamente los *lumpenintelectuales* comunistas y fascistas, que se extasiaban ante la liquidación de millones de burgueses, de campesinos, de judíos, de gitanos y de todo tipo de desviacionistas. Gran parte de la *intelligentsia* yugoslava ha demostrado que la producción de odio y la preparación

de la guerra civil sigue siendo todavía hoy en día una de las principales tareas de los trabajadores de la cultura.

En los países más adelantados, la industrialización de la cultura de masas ha conseguido que el culto a la violencia y la *nostalgie de la boue* formen parte del patrimonio nacional. El concepto de vanguardia ha adquirido así un significado ominoso, que sus portavoces jamás hubieran sospechado. A buen seguro no habrían creído posible que sus fantasías elitistas fueran tomadas al pie de la letra e imitadas por legiones de artistas *lumpen.*

Entretanto la masacre se ha convertido en entretenimiento de las masas. El cine y el vídeo compiten por convertir al sicario, al secuestrador, al asesino en serie en héroe del público. Y con sus puestas en escena de sangre y mierda, el teatro estatal subvencionado renquea desvalido tras las huellas del cine de terror. Esta reproducción trivial de la realidad se justifica definiéndola como «confrontación sin piedad» que «no oculta nada» al espectador; como «valiente provocación» y «*shock* saludable». Una hipocresía crítica cuyas verdaderas intenciones descubre el público sin el menor esfuerzo. Mientras tanto, la ya vieja música rock prolonga su eterna juventud con grupos que se dan nombres como Public Enemy, Slayer, Victoria Final, Brutal. Un grupo que lleva el nombre de Guns N' Roses ya ha vendido quince millones de copias de su primer álbum, *Appetite for Destruction.*

El vandalismo también alcanza cotizaciones elevadas en el mercado del arte. Los garabatos tautológicos de los pintamonas de *graffiti* pasan directamente al museo. El comercio del arte exhibe impúdicamente el ardiente deseo de terror. Claro que en este caso se trata de deleites mediatizados, cuyo aliciente se debe precisamente a este tranquilizador distanciamiento de la realidad. Y sería ingenuo sospechar algún nexo entre causa y efecto donde solo se trata de simple deseo de congraciarse con el público.

Aunque los homicidas gustan de adornarse ocasionalmente con emblemas, hace tiempo que ya no dependen de los prototipos de una estética en decadencia. Su estado de trance producido por los medios no se explica por el deseo de imitación, sino por la retroacción directa entre reproducción y realidad. Son numerosos los criminales que tienen la sensación de que «ellos mismos» ya no son partícipes de sus propios actos. Llegan a creer que no matan realmente, sino que todo es «solo televisión». La incapacidad de distinguir entre realidad y película confiere una absurda confirmación a las teorías del simulacro.

Los medios audiovisuales duplican por así decirlo a la persona devenida irreal y le proporcionan una especie de confirmación de su existencia. Ello es consecuencia de ese desinterés patológico diagnosticado por Hannah Arendt. Cualquier enajenado puede tener

hoy la esperanza de aparecer en la portada del *New York Times* con una botella de cerveza en una mano y la otra levantada haciendo el saludo fascista. En las noticias de la televisión podrá admirar al día siguiente los desmanes cometidos la noche anterior: casas incendiadas, cuerpos mutilados, reuniones de urgencia de las juntas de seguridad. En este sentido, la televisión hace las veces de gigantesco *graffiti*, prótesis de un Yo atrofiado de forma autista.

IX. SOBRES SORPRESA, SENTIMIENTOS DE CULPABILIDAD

Nunca se había hablado tanto de los derechos humanos como hoy; nunca el número de quienes a lo sumo los conocen de oídas era tan grande. La Declaración de los Derechos Humanos, aprobada en 1948 por la Asamblea General de Naciones Unidas sin ningún voto en contra, establece en un preámbulo y treinta artículos un largo catálogo de derechos políticos y sociales, entre ellos el derecho a la vida, la libertad y seguridad de las personas, el derecho a la libertad de pensamiento y creencia religiosa, el derecho a la libertad de expresión, el derecho a seguridad social y trabajo, así como el derecho a un estándar de vida que garantice la salud y el bienestar. Y todavía abunda afirmando: «Toda persona tiene derecho a un orden social e internacional en el cual se vean plenamente realizados los derechos y las libertades enumerados.»

Los países comunistas, Sudáfrica y Arabia Saudí se abstuvieron en su día, lo que puede considerarse un pequeño tributo a la verdad. Todos los demás Estados, incluso aquellos en los que las persecuciones y la censura, la represión y las torturas estaban a la orden del día, suscribieron el texto sin rechistar. Todavía hoy en día la Asamblea General la forman una mayoría absoluta de dictaduras manifiestas o veladas. Las democracias representan una pequeña minoría; pero casi todas ellas son culpables, porque desde 1948 han llevado a cabo numerosas guerras coloniales y siempre se han mostrado dispuestas a apoyar a los regímenes terroristas que pudieran serles de utilidad.

Cuatro quintas partes de la población mundial viven bajo condiciones que constituyen un claro insulto a la retórica de la Declaración. Y año tras año se suman millones de personas cuyas perspectivas son todavía mucho peores que las de sus padres. Ante esta realidad, las arrogantes formulaciones de Naciones Unidas suenan cínicas. De forma parecida también los súbditos del Estado soviético podrían haberse sentido burlados por la constitución estalinista de 1936, que garantizaba a todo ciudadano un sinfín de derechos fundamentales.

Los europeos y norteamericanos tienen la culpa de que hoy todo el

mundo les tome la palabra, pues fueron ellos quienes establecieron los derechos del hombre como norma política. Primero en 1776 con la Declaración de Independencia de los Estados Unidos; y luego con la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, promulgada en París en 1789. Poco después, concretamente en 1793 y en pleno período del Terror, incluso llegó a proclamarse *le bonheur commun* como objetivo del Estado. No cabe duda de que en aquellas partes del mundo que no disponen de declaraciones sobre lo bueno y deseable, el deseo de justicia, el altruismo y la compasión se dan tanto como en Europa y Norteamérica: los países Africanos pobres han acogido más refugiados de guerras civiles que toda la Comunidad Europea; los movimientos democratizadores se dan en todos los continentes. En lo que respecta a la xenofobia y el racismo, nadie supera a las sociedades ricas, desde el Japón hasta California.

La retórica del universalismo, sin embargo, es específica de Occidente. Los postulados que se establecen con ella pretenden ser aplicables a todos sin excepción ni discriminación. El universalismo no conoce diferencias por la proximidad o la lejanía; es incondicional y abstracto. La idea de los derechos humanos impone a cada cual una obligación, por principio ilimitada. Ello prueba su esencia teológica, que ha sobrevivido a todas las secularizaciones. Cada cual es responsable de todos los demás. Este deseo implica la obligación de semejarse a Dios, porque presupone omnipresencia, incluso omnipotencia. Pero como todas nuestras posibilidades de actuación son finitas, la separación entre pretensión y realidad es cada vez mayor. La frontera de la hipocresía objetiva queda traspasada muy pronto; solo entonces el universalismo deviene una trampa moral.

Continuamente y por doquier -dicen- se están produciendo masacres, la gente muere de hambre, es expulsada, torturada, violada, y vosotros lo contempláis sin intervenir, seguís vuestra vida cotidiana y os cruzáis de brazos… No se trata de un reproche mudo, sino muy elocuente. Va dirigido a los gobiernos, pero también a la mujer que viaja en el metro, a las grandes potencias tanto como al hombre de la calle.

No cabe duda de que nos hemos convertido en meros espectadores. Esto es lo que nos diferencia de las generaciones anteriores, que, cuando no eran personalmente víctimas, autores o testigos oculares, solo se enteraban de las tropelías a través de rumores, de leyendas blancas o negras. Lo que ocurría en otra parte solo se conocía de oídas. Todavía hacia mediados de nuestro siglo la opinión pública sabía poco o nada de los mayores crímenes de la época. Hitler y Stalin hicieron todo lo posible para mantenerlos en secreto. El genocidio era alto secreto de Estado. Y es que en los campos de exterminio no había cámaras de televisión.

Hoy, por el contrario, los asesinos se muestran dispuestos a ser entrevistados, y los medios de comunicación se sienten satisfechos de poder asistir a la matanza. La guerra civil se convierte así en una serie televisiva. Los combatientes muestran sus crímenes ante las cámaras. Puede que piensen que así aumenta su prestigio. No hacen más que imitar a los secuestradores de aviones, a los gángsters y a quienes toman rehenes en las metrópolis, entre cuyas exigencias siempre figura la de salir como estrellas de la televisión; los medios audiovisuales se ocupan de que disfruten de este reconocimiento. Los reporteros aseguran que no hacen sino cumplir con su obligación de informar; nos muestran sin contemplaciones lo ocurrido, y el comentarista añade la indignación imprescindible.

Pero a esta acusación se le suma inevitablemente un mensaje diferente, subliminal. Viene a decir que el horror es lo usual y que lo impensable puede acaecer en cualquier momento y en cualquier parte. Incluso aquí. Cualquier policía conoce la figura del homicida por imitación. Hoy se ha convertido en un factor político. En este sentido, los medios audiovisuales, lo quieran o no, siempre hacen publicidad gratuita de la violencia que muestran.

El horror transmitido por las imágenes acaba por convertirle a uno en terrorista o en *voyeur*. Cada uno de nosotros está expuesto a un chantaje permanente. Porque solo aquel que se ve obligado a ser testigo ocular puede ser el destinatario del reproche de qué piensa hacer contra las tropelías que se le muestran. Y por esta vía el más corrupto de todos los medios de comunicación, la televisión, se erige en instancia moral.

La exhortación a hacer algo -¿pero qué?- y de intervenir -¿pero cómo?- va dirigida a todos y cada uno de nosotros y tiene un sinfín de consecuencias inextricables. Se dirige a ese «nosotros» que proclama los derechos del hombre y que ha inventado la mala conciencia, es decir, a Occidente, esa región del mundo considerada rica y que sigue creyéndose civilizada. La moral es el último refugio del eurocentrismo.

Quien haya intentado alguna vez discutir con un kurdo o con un tamil acerca de la problemática de Irlanda del Norte o de Euskadi sabe de sobras que se topará con un muro de incomprensión. Lo más probable es que el asiático le conteste con otra pregunta: ¿Qué me importan vuestras historias? Y con la mejor buena fe asegurará que tiene otras preocupaciones. Pero cuidado con censurarle el derecho a responder de este modo. Porque también quienes viven en Ohio, el Piamonte o Baviera se sienten desbordados por los incomprensibles tiroteos que les muestra la pequeña pantalla. El cúmulo de información con la que se les bombardea impide cualquier proceso de elaboración sensata. Solo los especialistas que no tienen otra cosa que hacer son capaces de recordar las ciento cincuenta etnias resurgidas

tras el desmembramiento de la Unión Soviética.

A pesar de todo ello, los noticiarios de la televisión pretenden que cualquier vendedora de supermercado sea capaz de distinguir entre ingushes y chechenos, entre georgianos y abjasios. Hace años que Nabor-Karabaj está a la orden del día, y que nos vemos obligados a formarnos una idea de esta región por medio de cadáveres mutilados. Se pretende que memoricemos los nombres de unos gángsters que ni siquiera somos capaces de pronunciar bien, y que nos preocupemos de sectas islámicas, milicias africanas y facciones camboyanas cuyos móviles nos resultan insondables. Si alguien fracasa en el intento, de inmediato se le tilda de ignorante y egoísta, de ciudadano opulento despreocupado por los sufrimientos de los demás.

Los destinatarios de este mensaje acaban desconcertados. Algunos se ven atormentados por sentimientos de culpabilidad. Si no hacen de la ayuda desinteresada su profesión, sus posibilidades de actuación serán limitadísimas. Muchos aportan donativos. Y se les reprocha que solo buscan una coartada moral; que la beneficencia es un mero paliativo, una maniobra exoneradora por medio de la cual cualquiera puede proporcionarse una buena conciencia por la vía fácil. Pero nadie les revela cómo complacer a los predicadores de la virtud.

Una pedagogía que cree poder sensibilizar a sus pupilos incrementando la dosis, actúa como mínimo con ingenuidad. Lo único que consigue es, por el contrario, la inmunización de sus destinatarios contra cualquier tipo de concienciación. La excesiva carga psíquica y cognitiva no hace sino devolver el golpe. El espectador se siente incompetente e impotente; se encierra en su caparazón y desconecta; rechaza o pone en duda los mensajes que le llegan. Esta forma de legítima defensa no es solo comprensible; es inevitable. Porque nadie es capaz de decirnos cuál sería la respuesta «correcta» a la dosis diaria de asesinatos.

Pero hay más. El concepto de reacción paradójica lo conocemos a través de la farmacología: un remedio mal aplicado o mal dosificado puede producir efectos contrarios a los deseados. Unas exigencias morales que no guardan relación alguna con nuestras posibilidades de actuación tan solo consiguen que los individuos así exhortados acaben cruzándose de brazos y nieguen cualquier responsabilidad. Aquí reside el germen de un proceso de barbarización que puede desembocar en agresión encolerizada.

X. LLAMADAS DE AUXILIO, TUTELAS

No solo acaban desbordados los individuos, sino también los sistemas políticos. Hasta el momento no existe ningún mecanismo internacional capaz de poner coto a las guerras civiles cada vez más numerosas. No pueden conseguirlo la política exterior clásica ni Naciones Unidas, y mucho menos aún la Comunidad Europea. También a ellos se les acusa a diario de no intervenir en todos los focos conflictivos. En la actualidad los cascos azules están estacionados en más de quince países. Los costes políticos son astronómicos, los mandatos contradictorios, los éxitos dudosos. Hasta donde las causas de los conflictos sean racionalmente comprensibles, no podrán ser eliminadas por las misiones de paz.

Toda mediación presupone que los bandos implicados manifiesten la voluntad y tengan la capacidad necesarias para alcanzar la paz. Pero, por lo general, las facciones contendientes prefieren proseguir la lucha hasta la autodestrucción. De modo que el mediador decidido a poner fin a la masacre debe estar preparado para convertirse en diana de todas las partes implicadas en la guerra civil. Porque estas amenazan rutinariamente a las organizaciones de ayuda, atacan a los convoyes de suministro y los saquean, toman a los voluntarios como rehenes, sospechan de los mediadores y los chantajean, sabotean las negociaciones, disparan a matar contra las tropas de paz. Y los gobiernos que envían a estas ni siquiera les conceden el derecho a defenderse, y menos aún les autorizan a imponer militarmente sus objetivos.

Las amenazas de sanciones y embargos se suceden, pero nunca llegan a ponerse en práctica. Jamás ha existido un bloqueo total, impuesto por la fuerza de las armas. Ni siquiera se ha intentado llevarlo a cabo, a pesar de que resultaría extraordinariamente eficaz. Con el país totalmente aislado del exterior, sin suministro de energía ni de municiones, sin transferencias de dinero, sin vías de comunicación, medios de transporte ni alimentos, toda guerra civil fracasaría a los pocos meses. Pero precisamente la eficacia de esta receta impide su aplicación. Apenas diera los primeros y tímidos pasos en esta dirección, la fuerza de intervención se vería sentada en el

banquillo de los acusados, ya que el aislamiento del foco bélico también afectaría ineludiblemente a la «población civil inocente».

Debido a este dilema, todos cuantos participan en tales intervenciones pierden día tras día autoridad y credibilidad. A pesar de ello, toda intervención acarrea la petición de otras. ¿Por qué se interviene en el país X, mientras que el país Y queda abandonado a su suerte? Los bandos implicados en la guerra civil no comprenden por qué el mundo exterior no acude en su ayuda. Y cuando no se produce dicha ayuda, la esperanza se torna desengaño, indignación, e incluso rabia y deseo de venganza. Ya contamos con ejemplos de este tipo referidos al primer tercio de siglo, como el *Diario de San Petersburgo* de una autora del año 1919:

«Que estos europeos ignorantes e insensibles nos asesinen, que hundan a Rusia (…) El comportamiento insensato y criminal de la Entente (¿Inglaterra?) prosigue (…) Todos nosotros que tanto amamos a Rusia deseamos que Inglaterra sienta en su propia carne lo que está perpetrando (…) Jamás hubo nada semejante en toda la historia del mundo. Imposible trazar ninguna analogía. Una gigantesca ciudad comete suicidio, y ello ante los ojos de Europa, que no mueve ni un solo dedo: a la vista de tanta sangre se ha vuelto idiota o satánica (…) He aquí la fórmula exacta: si en la Europa del siglo XX puede existir un país con una *esclavitud* tan generalizada y jamás vista en toda la historia mundial, y si Europa no lo entiende o bien lo acepta, entonces Europa debe desaparecer. Solo así se hará justicia.»

Tales inculpaciones alcanzan la misma escalada que las guerras civiles. Quien deniega la intervención militar es acusado de discriminación y barbarie. De este modo, el discurso anticolonialista va perdiendo cada vez más su base de sustentación. Por un lado ha canonizado la soberanía, la independencia y la no intromisión; pero por otro atribuye a las potencias occidentales una competencia universal. De este modo el auténtico culpable siempre aparece simultáneamente como salvador, y a la inversa. Esto llega hasta el extremo de que ya se están alzando voces pidiendo la recolonialización por la vía de los mandatos.

Nos hallamos aquí ante el caso extremo de una proyección que ofrece una cómoda cobertura a los asesinos. Siempre se busca que la culpa de las guerras civiles jamás recaiga en los criminales locales ni en su base popular, sino en otros, que siempre deben buscarse en el extranjero. A nadie le parece molestar que debido a esta estratagema la población de un sinnúmero de regiones del globo sea declarada no emancipada, como si se tratara de meras marionetas incapaces de un movimiento propio y que, en consecuencia, jamás pueden llegar a ser sujetos, sino únicamente objetos. Ello satisface a los sentimientos de superioridad de las antiguas potencias coloniales, que siempre habían

tratado a los habitantes de los territorios sometidos como si fueran niños: no se debe permitir que manejen objetos peligrosos; tienen necesidad de un tutor. Como interventor solo entra en consideración Occidente, que también habrá de responder de todas las consecuencias, prescindiendo de lo que haga o deje de hacer.

El caos de las intervenciones militares amenaza también con hacer desaparecer una diferenciación que afecta al derecho internacional público, concretamente la diferencia entre guerras ofensivas y conflictos internos. Esta doctrina, que puede invocar buenas razones, ha dado lugar a unas consecuencias prácticas, últimamente en Irak, cuando este país atacó primero a un Estado vecino más débil, para lanzar luego sus misiles sobre Israel, país alejado de sus fronteras y totalmente ajeno al conflicto.

Ni siquiera la coalición contra Hitler habría podido constituirse si el dictador se hubiera conformado con aniquilar solo a los ciudadanos de su propio país. A Stalin tampoco lo atacó nadie mientras solo aterrorizaba a las etnias soviéticas. Únicamente el intento de exportar el terror condujo a la Guerra Fría.

La ética universalista no acepta conformarse con distinciones tan elementales. Exige la intervención ilimitada, en cualquier parte y en cualquier momento. Pero esta cuenta no llega a cuadrar. Hace tiempo se ha alcanzado el límite de lo que los gobiernos de las potenciales fuerzas de intervención pueden transmitir políticamente a sus respectivas poblaciones. La guerra de Yugoslavia ha demostrado que los europeos no tienen la voluntad ni la capacidad de imponer la paz. Incluso una primerísima potencia como los Estados Unidos se ve incapaz de cumplir con su papel de policía universal. No se dispone de tanto sentimiento de culpabilidad, de tanto dinero ni de tantos soldados como se necesitarían para acabar con todas las guerras civiles que asolan al mundo.

XI. PRIORIDADES, ANTINOMIAS

Un genial investigador llamado Kurt Gödel logró demostrar en 1932 la imposibilidad de unas matemáticas desprovistas de contradicción. Con ello desmontó de una vez por todas una convicción hondamente arraigada en los matemáticos, quienes desde entonces se ven obligados a aceptar que les resulta imposible zafarse de la inconsecuencia. Si esto no lo consiguen siquiera los más astutos lógicos, ¿cómo las siempre nuevas antinomias de la ética podrían solucionarse por medio de simples axiomas?

Ha llegado el momento de despedirse de las fantasías de omnipotencia moral. A la larga nadie -ni la comunidad ni el individuo- puede evitar el examinar las gradaciones de su responsabilidad y establecer prioridades. (Quizá sea necesario explicar qué es una prioridad. Porque hay bastante gente que se hacen más tontos de lo que son tan pronto un argumento no encaja con su visión del mundo. Así que veamos: el término prioridad no significa escoger simplemente entre esto o aquello, tampoco entre alternativas que se excluyen mutuamente. ¿Qué debe ocurrir primero? ¿Dónde puedo emplear con mayor eficacia mis esfuerzos? ¿A qué opciones debo dar preferencia? Esto en cuanto a la semántica. ¿Entendido? Fin del excurso para duros de mollera.)

Cada una de estas diferenciaciones resulta difícil y desagradable. Se contradice con fuertes tradiciones ideológicas. Quien habla de lo finito y de la relatividad de nuestras posibilidades de actuación se ve acusado de inmediato de relativista. Pero, para sus adentros, todo el mundo sabe que debe preocuparse ante todo de sus hijos, de sus vecinos, de su entorno inmediato. Incluso el cristianismo ha hablado siempre del prójimo (próximo), no del más lejano.

El intento de buscar gradaciones de responsabilidad puede dar unos resultados realmente positivos. Existen modelos antiguos, como por ejemplo la adopción y padrinazgo. Demuestran que no se trata necesariamente de una proximidad espacial, y mucho menos de simple parentesco, sino de establecer una estrecha relación entre el que presta ayuda y el desamparado. Ello no solo permite concentrar las energías materiales y emocionales. La abstracción es sustituida por

una relación concreta. Todo intento de ayudar y de dejarse ayudar comporta necesariamente conflictos, que solo pueden ser superados cuando ambas partes se conocen.

Fijar prioridades también tiene siempre un lado oscuro, y sería injusto ocultarlo. El término *triage* procede del francés y viene a significar «tría», «selección». Este concepto surgió en la medicina bélica del siglo tras las grandes batallas, los médicos se veían confrontados con el problema de cómo atender a los heridos teniendo en cuenta unos transportes difíciles y arriesgados, la reducida capacidad de los hospitales de campaña, y unas condiciones de tratamiento insuficientes. De forma más o menos explícita se impuso la práctica del *triage*, que comporta la selección y la separación en tres partes. Los heridos leves solo eran tratados superficialmente y tenían que llegar a la retaguardia por sus propios medios. A los heridos irreversibles se les abandonaba a su suerte. El tratamiento médico realmente eficaz solo se dispensaba a aquellos cuyo estado de gravedad era manifiesto y que prometían ser curados por la intervención médica. El dilema de tales médicos y enfermeros era evidente. Tenían que soportar el riesgo moral que comporta toda decisión sobre la vida y la muerte. Situaciones de este tipo se están dando hoy en día en la medicina de trasplantes. Solo un delator podría comparar el *triage* con la tristemente célebre selección fascista, pues en nuestro caso se trata de salvar vidas, no de exterminarlas. Y no parece que en el futuro dispongamos de soluciones universales que permitan un tratamiento igual para todos los pacientes. Es más que probable que los dilemas de este tipo se multipliquen y agudicen en el futuro.

Todo caso extremo pone de manifiesto el atormentador callejón sin salida al que debe enfrentarse hoy en día cualquier ética de la responsabilidad. Ya se trate de ayuda alimentaria, intervención política o militar, expulsión o emigración en masa, todas las opciones imaginables desembocan, quiérase o no, en la lógica del *triage*. Por muy convincentes que resulten, ni la fijación de prioridades o la graduación de responsabilidades garantiza salir del campo de minas. Solo pueden considerarse como solución de emergencia. Frente a las promesas del universalismo solo puede ofrecer su utilidad y su ausencia de autoengaños.

Nadie negará que la solidaridad con todo el mundo constituye un objetivo muy noble. Y quien quiere y puede llevarla a cabo es digno de admiración. Pero una simple mirada a nuestro propio país nos mostrará hasta qué punto la disposición a intervenir en cualquier momento en favor del bien es capaz de compaginarse con la barbarie cotidiana. A los alemanes, por ejemplo, no les resulta nada provechoso exhibirse como garantes de la paz y adalides mundiales de los

derechos humanos mientras las bandas de homicidas e incendiarios alemanes vayan sembrando día y noche el terror.

No podemos mediar en el problema de Cachemira; apenas llegamos a comprender las disputas entre sunitas y chiíes, entre tamiles y singaleses; lo que ocurra con Angola deberían decidirlo ante todo los propios angoleños. Y antes de separar a los contendientes bosnios debemos acabar con la guerra civil en nuestro propio país. Para nosotros los alemanes, ello significa que no debemos dar prioridad a Somalia, sino a Hoyerswerda y Rostock, a Mölln y Solingen. Nuestras posibilidades de actuación dan abasto para ello; es algo que se puede exigir a cada uno de nosotros; de ello somos responsables.

Pero no es necesario ser alemán y mucho menos entender el inglés o el latín para comprender qué significan *Hic Rhodus, hic salta*! o bien *First things firts*. En cualquier parte que nos encontremos, el incendio lo tenemos ante nuestra propia puerta.

XII. MILAGROS PROVISIONALES

No todos estamos poseídos de locura homicida. No todos deseamos la aniquilación de los demás y de nosotros mismos. A más tardar, el día del agotamiento total, una vez alcanzado el objetivo de los contendientes, es decir cuando el país esté cubierto de ruinas y los muertos enterrados, saldrán a la luz los verdaderos héroes de la guerra civil. Llegan tarde. Su aparición en escena no es heroica. No saltan a la vista y jamás aparecen en la pequeña pantalla.

En un taller improvisado se fabrican prótesis para mutilados. Una mujer busca harapos que pueda utilizar como pañales. Con los neumáticos de un vehículo destrozado por las bombas se fabricarán zapatos. Se arreglan las primeras tuberías de agua, se pone en funcionamiento el primer generador. Los contrabandistas acarrean carburante. Aparece un cartero. La madre que ha perdido a sus hijos cuelga un cartelito ante su chabola e inaugura así el único café del lugar. El obispo reúne a unos cuantos mercenarios astrosos en el almacén junto a la iglesia y monta el primer taller de reparación. Comienza la vida civil. Una vida imparable, hasta la próxima vez.

Tampoco la guerra civil pequeña, molecular, dura eternamente. Tras los combates en las calles llegan los vidrieros; tras el saqueo dos hombres provistos de alicates conectan de nuevo el teléfono de la cabina. En hospitales saturados, los médicos de urgencias trabajan día y noche para salvar la vida de los supervivientes.

La perseverancia de estas personas parece un milagro. Saben que no podrán arreglar el mundo. Solo un fragmento, un techo, una herida. Saben incluso que los asesinos volverán, la próxima semana o dentro de diez años. La guerra civil no es eterna, pero su amenaza es permanente.

Se ha pretendido convertir a Sísifo en un héroe existencialista, un marginal, un rebelde marcado por lo trágico y rodeado de esplendor luciferiano. Quizás esto sea falso. Pero quizá sea algo mucho más importante: una figura cotidiana. Los griegos interpretaban su nombre como el superlativo de *sophos* (inteligente, sensato). Para Homero se trataba incluso del más sensato de todos los hombres. No era un filósofo, no era un charlatán. Se dice que consiguió encadenar a la

Muerte. Con ello puso fin a las matanzas, hasta que Ares, dios de la guerra, liberó a la Muerte y le entregó a Sísifo. Mas este engañó a la Muerte por segunda vez y consiguió regresar a la Tierra. Se cuenta que alcanzó una edad muy avanzada.

Más tarde, y como castigo por su sentido común humano, fue obligado a llevar una piedra peñas arriba, una y otra vez. Esta piedra es la paz.

FUENTES Y JUSTIFICACIONES

Las cifras correspondientes a las tasas del comercio mundial y a las exportaciones de armas han sido extraídas de las estadísticas del GATT y del SIPRI. A Hannah Arendt la he citado según la tercera parte de su obra *The Origins of Totalitarism* (Nueva York, 1951). El relato del trabajador social francés fue publicado por Stephan Wchowsky en el diario *Süddeutsche Zeitung* de fecha 21/ 22 de noviembre de 1992 bajo el título «Ganas de alboroto». La expresión *reductio ad insanitatem* se debe a Robert Hughes. Mayores detalles acerca de la pregunta «A costa del Tercer Mundo» los ofrece Siegfried Kohlhammer en su ensayo *Auf Kosten der Dritten Welt* (Gotinga, 1993). El libro injustamente olvidado de Frantz Fanon lleva por título *Les damnés de la terre* (París, 1961). La principal interpretación moderna de la dialéctica del amo y del esclavo la encontramos en Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel* (Paris, 1947). La cita correspondiente al *Leviatán* de Thomas Hobbes es del capítulo 21. Sobre la ideología de la bunquerización y el nuevo Limes existe un buen libro debido a Jean-Christophe Rufin: *L'empire et les nouveaux barbares* (París, 1991). El reportaje de Bill Buford *Among the Thugs* (*Entre los* Anagrama, 1992) ha sido publicado en Londres (1991). La apología que André Breton hace del pistolero puede verse en *Second manifeste du surréalisme* (París, 1930). El tratado de Kurt Gödel «Sobre proposiciones formalmente irresolubles de la Principia Mathematica» fue publicado primero en el volumen 38 de *Monatshefte für Mathematik und Physik* (1931). Últimamente se habla incluso de «matemáticas locales» (véase J. L. Bell, «From Absolute to Local Mathematics», en: vol. 69, 1968).

A Robert Nozick (Harvard), así como a Gabriele Goettle y Karl Schlögel (Berlín), les debo importantes informaciones y reflexiones.

En junio de 1993 leí fragmentos del presente texto para agradecer la concesión del Premio de la Paz de la ciudad de Osnabrück (Alemania). La revista *Der Spiegel* y diversos diarios europeos publicaron un avance editorial.

H. M. E.